

locubano en la pornografía orlando luis pardo lazo locubano en la pornografía

ARCARDISMO

En un hospital de Las Tunas botaron a un cirujano que se singó un corazón. Me lo dijo Guillermo Vidal. En una Feria del Libro. Poco antes de venir a morirse a La Habana.

Me lo contó de manera inolvidable. Entre chismes sexuales sobre escritoras cubanas y chistes sexuales sobre funcionarios de la cultura local. (Todo apócrifo, por supuesto.) Me lo contó con su oralidad única de iluminado en provincia, **arcadismo** oriental. Haciendo gala de un estilo muy superior a su prosita mitad vulgar y mitad infantil, fusilada de Reinaldo Arenas en gran parte. Me lo contó con sus pupilas dilatadas de orate o de perverso reconvertido durante sus mil y una noches de nefanda carne versus espíritu santo. Me lo contó súperexcitado, Guillermo. Como yo mismo lo estaba, Orlando Luis.

Porque pasó entonces y me pasa ahora otra vez. De hecho, me basta con recordar los detalles narrados por el escritor secretamente ya enfermo. No sé. Habría que averiguar por qué mi estado de excitación ante aquella frase. O imagen. *Singarse un corazón*. Casi el título de un bolero soez. O de una necroantología de grandes éxitos expulsados del género. En fin, el mal.

Lo cierto es que todavía se me para. La pinga, se sobreentiende. Lo cierto es que no puedo parar de hacerlo. Contar lo que él me contó en La Habana, en una Feria del Libro (fuera o no apócrifo su relato). Y lo cierto es que ésta es la mejor lectura que ningún cubano hará nunca de la secretamente ya enferma literatura de Guillermo Vidal.

INREVOLUCIONARIDEZ

Extraño el cuerpo. Extraño la geografía política de su representación.

Y es lógico. Porque vivo en Cuba (en la barrida barrida de Lawton). Ojalá no tenga que repetirlo debajo. Y aquí he consumido 36 años del casi medio siglo de Revolución. Un proceso más somático que social. Una intromisión pública en lo biológico. La plaza invadiendo la alcoba, maquetica macabra que hace añicos cualquier conato de **ingravidez**. Lo solemne como razón de estado que sueña y aborta monstruos. El tullido tul ideológico

tapiñando hasta las últimas tiritas de desnudez. Menuda mentáltasis. Cáncer a la Cubarta. Para colmo pasada por la poesía. Por ejemplo:

Cuba como corcel (JJ Martí), Cuba como cárcel (Casal, el otro Julián), Cuba como corito (Guillén) y Cuba como calzada (Eliseo). Cuba como culto (Cintio) y Cuba como cursilería (Buesa). Cuba como cartuchera (Hernández Novás), Cuba como caída (Escobar), Cuba como corazón (Collazo), Cuba como crimen (Juan Carlos Flores), Cuba como caso clínico (Marqués de Armas), Cuba como capital (CA Aguilera), Cuba como complot (Jorge Alberto Aguiar Díaz, JAAD), Cuba como cubismo (Kozet), Cuba como cuerpo (Piñera), Cuba como corpiño (Lezama), Cuba como cadáver (Rosales). Y así (era sólo un ejemplo).

En fin, que extraño el cuerpo. Extraño una pornografía biográfica que apuntale y sedimente mi precario estado de cubanidez.

Y no es lógico. Porque vivo en Cuba (en la barrida barrida de Lawton). Supongo que ya he dicho arriba esta frase. O imagen. Me da igual. Y aquí he consumido el casi medio siglo de mis 36 años de Revolución.

INTEVESCENDENCIA

Prendo la tevé. Hay una novela cubana. Sida, sexo y revolución. Por primera vez los veo asociados en una narración Made In Cuba. *Ya estamos en el Post-Algo*, pienso. Y apago el televisor (un Elektpon-216 soviético, en blanco y negro).

En el folder C:\Orlando\Fotoporn\UCI repaso lo que han hecho con sus cuerpos de becarías unas chicas de la universidad. Son fotos con flash, .jpg´s de muy baja resolución (para que circulen mejor por el correo electrónico punto cu). Son pésimas, pero las juzgo de excelentes y propedéuticas: un síntoma magistral del statu-quo de los años cero que aún están por venir. Por primera vez ahí pasan cosas en cámara. Una se afeita el bollo, la espuma como semen kitsch. Otra usa los dedos para abrirse clínicamente su maraña carnosa, en acaso una autorreferencia al formato digital. Una tercera ya sabe mirar como en primera plana del magazín The Revolution Sexening Post: *esos ojitos*

coagulados de morbo leen nuestro futuro mejor que un ejército ofuscado, un parlamento de atrezo y un partido inercial, pienso. Por lo demás, en mi carpeta casi no hay pingas, como era de esperar. Una pingona cubana sigue siendo un tabú y sólo un demonio como Javier Marimón se precia de meter in extenso en su poesía a la palabra "pingonaaaaa" (La Gaceta de Cuba 1/2007, p.15). Así que asumo que fue el machito quien disparó la camarita amateur, con la mano libre masturbándose lento tras la lente. Yo también soy fotógrafo, sé de que va la cosa en casos así.

Prendo la tevé. Hay un programa infantil con medias largas, sayita corta y sombrillamarilla. La oreja pendejuda de Lewis Carroll se asoma tras el vestuario, los gestos cool y la chic fotografía. *¿De qué sirve una televisión sin imágenes?*, pienso esta frase con toda la **intrascendencia** con que acaso Alicia pensó. Y apago el televisor (un Elektpon-216 soviético, en blanco y negro).

LECHANÍA

Recuerdo erecciones desde preescolar.

Eran súbitos estados de peligro donde, en lugar de reaccionar con violencia, me sumía en un sopor distante, contrayendo los músculos hasta el pánico y el dolor. Se me sudaba la frente y algo amenazaba con botarse afuera desde la nuca, bajando por mi columna vertebral de escuelita primaria hasta quedar coagulado contra un botón. De la portañuela, se sobreentiende. Sin demora, pero sin derrame. Más que placer puro y precoz, se trataba de un síntoma de no participación. Una **lejanía** galáctica, pero aún no láctea. Esta es la historia privada de una de las mil y una escuelitas primarias rebautizadas en Cuba tras el asesinato de Nguyen Van Troi.

Por supuesto, hoy ya nunca experimento ese magnífico estado de concupiscente contención. Ni siquiera sé bien cómo se habrá capitalizado en definitiva la reunificación de aquel heroico Viet Nam. La adultez me ha condenado a una pluriorgasmia tan fascinante como frustrante. Sufro de una biogeografía en fase hipertérmica.

Por cierto, aquella vez Guillermo Vidal me dio como propina uno de sus tantos consejos



de fornipredicador: *Tú no malgastes tu semen dentro de ningún corazón.*

CHERIÑO

No uno, sino mil y un vietnams.

Polvo del Ché, Eau de Guevara, cuerpo sin manos. Su firma devaluada en billetes icónicos ahora invaluable. El **carriño** claro y entrañable de una presencia mitad en el pueblo y mitad en una tonadilla de Puebla.

A mi padre no le gustaron los dos o tres encuentros que sostuvo cara a cara con el Ché. Fue en los 60 's, en los años bobos (6060 's). El cuerpo hiperkinético del comandante extranjero intimidaba a mi padre tras su hipokafkiano buró en la fábrica de muñecas Lili (o mejor Lilit).

En el preuniversitario tuve una novia preciosa que me confesó que tenía sueños eróticos con el Ché. No pretendo ser creído en este punto, pero su nombre era Lilieth y quería irse de Cuba para ser una estrella porno de la tévé (entonces no sabíamos pronunciar "estrella porno", pero valga el anacronismo). Al final creo que es una de las locutoras del noticiero estelar.

En El Vedado, municipio Plaza de la Revolución, fotografié en su cuarto a una modelito amateur que ostentaba un óleo horrendo del Ché. El artista también era argentino, por suerte. Y en una escena campestre o, tal vez peor, guerrillera, había pintado al Ché aún con manos y masturbándose tendido junto a una muchacha vestida sólo con un pasamontañas. Lo que me remitió automáticamente al corto *Lila* del film cubano *Tres Veces Dos* (aliteración de la L: Lili-Lilith-Lilieth-Lila). En narrativa nacional, una fantasía así espera ahora por Jorge Ángel Pérez para ser escrita, siendo ya tan famoso su texto ero/herético sobre JJ Martí.

Pienso en el gavetero fúnebre de Santa Clara. Debe ser terrible no disponer de un cuerpo para fornicar o hacer la revolución (la diferencia es una sutileza de estilo), aunque no sepamos localizar bien en el mapa a aquel heroico Viet Nam.

No una, sino mil y una cubas.

DÍAZPEGO

Ser el público de El Público es siempre un acto de cobarde rebeldía o, por lo menos, de muda insubordinación.

Un amigo llama a su director el Subcarlosmandante Díaz. Y dice más. Dice que

sólo desde el cineteatro Trianón (Línea y Paseo, El Vedado, La Habana, Cuba, América) será posible darle el tiro de gracia a la vieja, y fundar otra post-revolución, menos pacata y sanitaria en lo que a cuerpos y perversión se refiera.

Yo no sé por qué narro esto aquí (brecha brechtiana en días de **despego** como preludeo a la despingazón). Debiera también reproducir su nombre, supongo (el de mi amigo, se sobreentiende). Pero es sólo un chiste. No temas. Un golpe de teatro tal vez. No teman.

FRÍO

El piloto yanqui de bombarderos B-26 Thomas Willard Ray estuvo 18 años congelado en una morgue cubana. Los respectivos estados en guerra clamaron y negaron durante 18 años de paz la identidad corpórea de su desnudo.

Fue lo mejor que le pudo pasar en 18 años (a Thomas Willard Ray, se sobreentiende). Ser un cadáver sin padres (sólo el **frío** lo calcinó): persistir al margen de la verdad, la belleza, la libertad y el amor (más acá del bien y del mal). Ser el nómada sésil de un teatro sin seso donde ni dios ni la muerte de dios pronunciaron nunca ningún bocadillo, tan habituados a jugar su rol de extras en la historia universal (clio frígida y clitoriana).

Acaso sólo desde esa horizontalidad tan polar como política nos sea dable ahora escribir. Me pregunto qué sería de la cliteratura cubana del siglo XXI sin los 18 años en stop-motion de Thomas Willard Ray.

VAGINO

He amado mujeres, he amado amigos. He amado sus cuerpos en cueros como si yo fuera el testigo a sueldo de dios.

He amado libros contrarrevolucionarios y revistas vaginales que me contaron cosas al oído justo allí donde el estado cubano calló (por algún hueco político en su repertorio, el diccionario de Microsoft Word 8 subraya este último verbo de rojo y me propone sustituirlo por "cayó"; yo cliqueo por supuesto *Omitir Una Vez*).

He amado el **vacío** de órganos dentro de esos cuerpos. Su condición de guata de lujo, al decir apócrifo de Guattari y Deleuze.

He metido mis dedos en la materia, a la par que me los he dejado meter. De milagro no hay fotos digitales que documenten

semejante desastre. De milagro no he descuartizado el trapo cárnico de nadie retorciéndome debajo o encima de mí. De milagro todavía no me convierto en un criminal: Natural Killer virgen.

He amado y armado la textura invaginada de cada frase y de cada imagen que se derrama hacia afuera de mí. Soy el autor de esta otra intentona de capítulo 8, acaso no tan pornodisiaco como el de Lezama pero por eso mismo más peligroso en términos de maquinita-de-guerra-inferinsular.

Penetro, perpetro. Soy perpetuo y efímero como una protuberancia solar (tengo todo un sistema en cierne sobre las *horas imaginarias* y el *sememonia*). Muto, aún no mato (ya lo he escrito arriba). Soy el linfocito NK de un feto al que la institución literaria democráticamente le permitirá abortar.

MAMARIA

La amnesia entra desde la leche. Materna, se sobreentiende. Con el gluglú de nuestro cubalostro se cuele también la patria o sus restos pétreos (no necesariamente pútreos). En esas lactomoléculas blancas ya viene pasteurizada nuestra traición a la tradición. Leche patriurizada.

Sin embargo, aún recuerdo cosas. Recuerdo cuerpos. La **memoria** mamaria es mi último coto de conservación. En él sobrevivo. En él creo. Desde él creo con imágenes y voy picoteando frases. O acaso al revés. Voy creando con frases que sobrelapan luego en imágenes. Ya he escrito que me da igual.

Recuerdo, por ejemplo, la mirada vidriosa de mi padre, expiando una metástasis misericordiosa (pues nunca tuvo dolor) mientras escuchaba Radio Martí. Su corpachón de 81 años tan gordo, tan blanco, tan padre mío que estás en coma en la cama para que yo te vea morir.

Recuerdo también las manotas roñosas de mi única abuela. Y el día en que la sorprendí duchándose desnuda. Su pubis lampiño pero borrado, como en una escena de Philip K. Dick (en *Sivainvi*, creo), bajo una piel perfecta de androide adolescente que murió sin envejecer.

Recuerdo la fonía albañal de la palabra "erotismo" en la letra muerta del más vivo de los Vitier, cuando se la endilga al corpus de la poesía cubana, con ínfulas mitad de psicopedagogo y mitad de sacerdote cínicoliberal.

Recuerdo que yo he soñado, en mis lawtógubres noches, con el rigor mutis de un cuerpo ajado pero nunca afeitado, borboteando sangre más que barboteando discursos, tendido sobre una camilla importada del primer mundo, ante el pánico cómplice de enfermeras y escoltas que nada nunca sabrán narrar. (Mi amigo, el del chiste anónimo, piensa que yo pienso que todo lo debo narrar sólo yo.)

Recuerdo el rostro pinchado de metales innobles de un lisiadito de la calle Obispo (San Sebastián seropositivo de la agujoterapia, Mulder sin molde a quien copiar), su ausencia de pierna y su exceso de tedio expuestos a la promiscuidad flashica de las telemisoras y los turistas. Un dead man posing en 2-D, pero pornográficamente ya inmortal.

Recuerdo el cuerpo sin cuerpo de una novia cuyo nombre tampoco mencionaré, que fue como una estrella pulsar, refulgiendo de placer y pena en las madrugadas sin patria y, al despertarnos después, opaca de remate bajo los mediodías inciviles de un gavetero obrero llamado Alamar (La Habana del Este, Cuba, América).

Y recuerdo, por supuesto, el cuerpo asexual y jurídico de mi madre, sentada como dios manda de cara a la tévé nacional, persuadida de que, al menos de este lado del vidrio curvo y en blanco y negro, entre nuestros cuerpos domésticos nunca ha existido el horror.

Error.

ORLAMENTO

Espero que esto no lo parezca.

Ni un lamentomenaje por Guillermo Vidal (todavía no sé qué hace su nombre aquí). Ni una pornoescritura de Orlando Luis (¿por qué escribo tan bien, por qué soy una calamidad?).

Ha sido sólo una coda, un post-algo, un pre-pus. Pura ceremonia de **ornamento** para lograr un tono trunco o quizás una atmósfera menos feérica entre tanta feria del libro y tanta paleotelevisión.

Por lo Demás, mi amigo anónimo y mi novia preciosa no son meros productos de la imaginación de su autor.

P.D.: Ni tú.